

faltaban motivos serios contra él: se había aliado con Lidia y había intrigado con Caldea. Además, Cambises era joven, y estaba más bien dispuesto á excitar el ardor belicoso de sus compatriotas que á refrenarlo. La imaginación popular no se contentó con las razones harto lógicas que originaron el choque entre la más vieja y la más joven de las naciones de Oriente, y trató de explicarlo todo por motivos personales. Según los persas, Cambise pidió la mano de la hija de Amasis con la esperanza de que se la negaran y encontrar en esto motivos de venganza. Amasis le mandó á Nitetis, hija de Apries, en lugar de la suya. Al poco tiempo, estando Cambises con ella, averiguó por ésta la verdad, lo que excitó su cólera y le hizo guerrear con los egipcios. En Egipto se contaban las cosas de otra manera. Nitetis había sido enviada á Ciro, y de ella había nacido Cambises. La conquista no había sido más que una reivindicación de la familia legítima contra el usurpador Amasis, y Cambises subía al trono como nieto de Apries más bien que como conquistador. Con ficciones tan pueriles se consolaban los egipcios de su debilidad y vergüenza. Orgullosos con su gloria pasada, pero incapaces de nuevas victorias, no querían que nadie los venciera ni mandase que no fuese de su raza. No era Persia la que imponía su rey á Egipto, sino Egipto quien prestaba el suyo á Persia y por Persia al resto del mundo.

Hacia tiempo que el desierto y los pantanos constituían el verdadero baluarte del Delta contra los ataques de los príncipes asiáticos. Entre el último castillo importante de Siria (Jenisos) y el lago de Serbán, donde acampaban las avanzadas egipcias, había unos 90 kilómetros de intervalo, que no podía recorrer un ejército en menos de tres días. En los siglos pasados había sido menos extenso el desierto, pero los estragos de asirios y caldeos habían transformado el aspecto del país, convirtiendo en soledad regiones antes pobladas. Un acontecimiento inesperado sacó del apuro á Cambises. Fanes de Halicarnaso, uno de los generales griegos de Amasis, desertó y se refugió en Persia. Tenía juicio, energía, gran conocimiento del futuro teatro de la guerra y aconsejó al rey que se entendiese con el jefe que dominaba la costa, y le pidiera un salvoconducto. El jefe árabe aceptó el trato y dispuso en el ca-

mino relevos de camellos cargados de agua en cantidad suficiente para las necesidades de un ejército.

Al llegar delante de Pelusa, supieron los persas que había muerto Amasis, y que le había sustituido Psamético III. A pesar de su confianza en los dioses y en sí mismos, los egipcios experimentaban presentimientos sombríos. El Asia entera, desde el Indo hasta el Helesponto, se lanzaba sobre ellos, amenazan-



Supuesta tumba de Cambises en Pasagarda. (Probablemente un llamado Altar del fuego.)

do aplastarlos. Los aliados con quienes contaba Amasis, Polícrates de Samos, por ejemplo, y sus antiguos súbditos, lo mismo los chipriotas, habían abandonado una causa que consideraban perdida, uniéndose con los persas. Atormentado el pueblo por el miedo al extranjero, veía señales por todas partes é interpretaba como presagio siniestro cualquier fenómeno natural. La lluvia escasea en la Tebaida y las tormentas no se producen más que una vez ó dos al año. Algunos días, después del advenimiento de Psamético, llovizó en Te-

DINASTÍA XXIV

- II. Vakheri Bokunrinif.
- III.
- IV.
- V. Nikao I.

DINASTÍA XXV

- VI. Vahibri Psamitik I.
- VII. Vahmibri Nikao II.
- VIII. Nofiribri Psamitik II.
- IX. Haibri Vahibri.

- I. Khnumbri, Ahmasi II Sineit.
- II. Oukhkenis Psamitik III.

bas, lo que nunca se había visto. La batalla dada delante de Pelusa demostró en ambas partes un valor desesperado. Fanes el desertor había dejado á sus hijos en Egipto. Sus antiguos soldados, carios y jonios al servicio del Faraón, los degollaron delante de él, recogieron su sangre en una vasija medio llena de vino, se bebieron la mezcla y se lanzaron enfurecidos al centro de la pelea. Al anoecer, la línea egipcia se replegó ya, y empezó la derrota. Psamético, atolondrado, se encerró en Memfis. Cambises le intimó la rendición, pero la muchedumbre furiosa mató á los heraldos. A los pocos días de sitio, abrió la ciudad sus puertas, el Alto Egipto se sometió sin resistencia, y los libios y Cireneos se apresuraron á pagar tributo (525). Esta caída rápida de una potencia que desafiaba de siglos atrás los esfuerzos de Oriente y la suerte de aquel rey que había subido al trono para caer en seguida, llenaron de asombro y compasión á los contemporáneos. Se contaba, que á los diez días de la rendición de Memfis, el vencedor Cambises quiso poner á prueba la constancia de su prisionero. Psamético vió desfilar á su hija vestida de esclava, á sus hijos y á los de los principales egipcios que iban al suplicio, sin que perdiera por esto su impasibilidad. Pero al ver pasar á uno de sus antiguos compañeros de placeres, cubierto de harapos como un mendigo, se echó á llorar desesperado. Cambises, absorto por este exceso de dolor en quien había demostrado tanta firmeza, le preguntó la causa, á lo cual respondió el egipcio: «Oh hijo de Ciro! Mis infortunios personales son demasiado grandes para llorarlos, pero no la desgracia de mi amigo. Cuando un hombre acostumbrado al lujo y á la abundancia se ve en la miseria al llegar á la vejez, se puede llorar por él.» Cuando el mensajero transmitió sus palabras á Cambises, conoció éste que aquello era justo, y Creso, que estaba con él, lloró también. Conmovido Cambises, trató á su prisionero como á rey, y quizá le hubiera devuelto el trono, como monarca vasallo, cuando averiguó que tramaba una conspiración contra él. Entonces lo mandó matar, y confió el gobierno de Egipto al persa Anandes.

A continuación verá el lector el cuadro de la familia saíta desde Tafnakht:

- I. Tafnakhiti.

Por primera vez, desde tiempo inmemorial, el antiguo mundo obedecía á un solo amo, pero no era fácil tener reunidos mucho tiempo á las gentes del Cáucaso y á las de Egipto, á los griegos de Asia menor é iraníes de Media, á los escitas de la Bactriana y á los semitas de junto al Eufrates. Cambises empezó tratando de captarse las simpatías de sus nuevos súbditos ajustándose á sus costumbres y prejuicios. Adoptó las insignias y traje de los Faraones, fué á Sais, violó la tumba de Amasis y quemó su momia. Verificado este acto de vindicta póstuma, trató con deferencia á Ladiqué, viuda del usurpador, y la mandó con sus padres. Ordenó que se evacuara el gran templo del Nilo, donde había tropas persas alojadas con descontento de los devotos, y arregló á su costa los deterioros causados por la soldadesca. Llevó el celo hasta el punto de instruirse en la religión, y recibió del sacerdote Uzaharrisniti la iniciación en los misterios de la diosa. Obraba con Egipto como su padre con Babilonia y tenía grandes razones para demostrar condescendencia con los recién vencidos. Pensaba en tomar á Memfis y al Delta por base de sus operaciones en el Africa septentrional. Daba al parecer poca importancia á la sumisión voluntaria de Cirene, y la tradición doria aseguraba que rechazó los presentes de Arkesilao III, arrojando á sus soldados las 500 minas de plata que le había pagado en señal de vasallaje. Los griegos de Libia no le parecían bastante ricos. Excitaban su avidez las famosas riquezas de Cartago, que estaba entonces en el apogeo de su gran

deza. Dominaba Cartago las antiguas posesiones fenicias de Sicilia, Africa y España; su marina reinaba sin rival al Occidente del Mediterráneo y sus mercaderes penetraban en las regiones fabulosas de Europa septentrional y de Mauritania. Cambises quiso al principio atacarla por mar, pero los fenicios que tripulaban su escuadra se negaron á combatir contra su antigua colonia. Obligado á atacar por tierra, mandó desde Tebas un ejército de 50.000 hombres para ocupar el oasis de Amón y preparar el camino al resto de las tropas. Nunca se ha sabido bien la suerte que cupo á aquella vanguardia. Atravesó el Gran Oasis, y luego se dirigió al NE., hacia el templo de Amón. Contaron más adelante los indígenas que, á



Personajes persas. (De un bajo relieve.)

mitad de camino fué asaltada durante su descanso, por una súbita ráfaga de viento que la sepultó bajo montones de arena. Hubo que creerlos bajo palabra, porque resultaron infructuosas las gestiones para saber de aquella gente y lo cierto es que no regresó nadie á Egipto.

La empresa parecía más hacedera hacia el Sur, porque no ofrecía tantas dificultades seguir el Nilo para penetrar en el corazón de Africa. Desde la retirada de Taudamanu, el reino de Napata había roto sus relaciones con las naciones de Asia. Atacado por los Psaméticos I y II, había conservado su independencia y roto los últimos lazos que lo unían con Egipto. Las comarcas de la Nubia inferior, tan pobladas en tiempo de los Faraones, estaban casi desiertas: las ciudades fundadas por los príncipes de las dinastías XVIII y XIX se encontraban arruinadas. A mitad de camino entre la primera catarata y la segunda

había vanguardias etíopes. El reino de Napata se dividía en dos regiones, como el de Egipto. En aquellas regiones populosas, donde vivían tribus muy diversas, encontraba el genio belicoso de los reyes de Napata materia para victorias fáciles y provechosas. Horsiatef y Nartosenen, monarcas casi contemporáneos de Cambises, habían sometido á la mayor parte de aquellos pueblos, y asolaban con incesantes algaradas á los que resistían.

El reino etíope era electivo, y la elección se verificaba en el gran templo de Napata, bajo la vigilancia de los sacerdotes de Amón y en presencia de numerosos delegados, nombrados por la magistratura, los letrados, el ejército y los funcionarios palatinos. Los miembros de la familia reinante, ó *hermanos reales* entraban en el santuario y se presentaban, sucesivamente, delante de la estatua del dios, que señalaba al elegido con alguna seña convenida previamente. Nombrado por los sacerdotes, estaba el rey toda la vida sujeto á su dominio. No podía emprender guerras ni disponer nada importante sin consultar al dios. Si desobedecía ó presentaba síntomas de insubordinación, el clero le transmitía la orden de suicidarse, á la cual tenía que obedecer. No era más benévola la ley con los súbditos. La menor divergencia de opinión, el cambio más pequeño en las prácticas del culto se consideraba como herejía, y como tal se castigaba. A fines del siglo VII, varios individuos del clero de Napata querían substituir el sacrificio ordinario del antiguo rito egipcio con algunas ceremonias, como la de comer cruda la carne de los sacrificios. Semejante proposición pareció nefanda á los ortodoxos. El rey fué al templo de Amón, expulsó de él á los sacerdotes heréticos, y quemó vivos á los sectarios que pudo capturar. Pero el uso sagrado de comer la carne cruda fué ganando terreno según se debilitaba la influencia egipcia y acabó por imponerse al cristianismo. A principios del siglo XIX todavía comían los abisinios carne cruda, llamada *brinde*, y aún hoy la comen los devotos.

El aislamiento de los etíopes había sido más favorable que perjudicial á su fama. Apenas entrevisto á larga distancia por las naciones mediterráneas, se les creía revestidos de méritos maravillosos y casi divinos. Se decía que

eran los hombres más corpulentos y hermosos, que pasaban de los ciento veinte años de edad y que poseían una fuente prodigiosa cuya agua les daba perpetua juventud. Cerca de su capital había una pradera cubierta de bebidas y manjares preparados que utilizaba todo el que quería. Disponían de tanto oro, que lo empleaban hasta para aherrojar á los presos. Cambises mandó espías que explorasen el país, y cuando éstos volvieron, salió de Memfis al frente de su ejército. La expedición resultó bien, sólo á medias. Parece que los invasores bordearon el Nilo hasta Korosko, le dejaron luego, y siguieron por mitad del desierto hasta Napata. Les faltaron los víveres y el agua á la cuarta parte del camino, y el hambre les obligó á retroceder, después de haber perdido mucha gente. El resultado de la expedición fué enlazar con el imperio los distritos de Nubia más cercanos á Syena, pero la población egipcia, dispuesta siempre á acoger las noticias desfavorables á sus amos, no quiso ver más que el fracaso final. Cambises, desde su infancia había padecido ataques epilépticos durante los cuales se enfurecía y perdía la conciencia de sus actos. El mal éxito de sus intentos en Africa exacerbó su enfermedad y aumentó la duración y frecuencia de sus ataques. Perdió el poco sentido político que había demostrado y se dejó arrebatar por toda la violencia de su carácter. El buey Apis había muerto durante su ausencia y los egipcios habían elegido otro cuando regresaron á Memfis los restos del ejército persa.

Creuyendo Cambises, al ver la ciudad con aspecto de fiesta, que celebraba su derrota, llamó á los magistrados y sacerdotes, y los mandó degollar sin oír sus explicaciones. Ordenó también que le llevaran el buey Apis y le dió una puñalada en un muslo. Murió el animal á los pocos días, y este sacrilegio excitó en los corazones devotos mayor indignación que la ruina de la patria. Se acrecentó su odio cuando vieron al persa tan opuesto á sus preocupaciones como conciliador había sido antes. Penetró en el templo de Phath de Memfis y se burló de las formas grotescas en que se representaba al dios. Violó las tumbas antiguas para examinar las momias. Los mismos persas tampoco se libraron de su furia. Mató á su hermana con la cual se había casado contra la ley que prohibía tales matrimonios. Otra vez mató de un

flechazo al hijo de Prexaspes, enterró vivos á doce persas principales, dispuso la ejecución de Cresos, y luego se arrepintió de su precipitación, lo cual no fué obstáculo para que condenara á los oficiales que no habían obedecido la orden de la que ahora se arrepentía. Los egipcios decían que los dioses le habían vuelto loco para castigar sus sacrilegios.

Nada le detenía ya á orillas del Nilo y se dirigió á Asia. Ya estaba al Norte de Siria cuando se presentó un heraldo ante él y proclamó en presencia de todo el ejército, que Cambises, hijo de Ciro, había dejado de reinar, intimando á todos á que obedecieran á Bardiya, hijo de Ciro. Cambises creyó al principio que su hermano se había salvado del asesinato orde-



Guerrero persa.

nado por él en otros tiempos, pero pronto supo que la orden había sido cumplida y lloró al recordar aquel crimen inútil. El usurpador era un tal Gaumata tan parecido á Bardiya que hasta la gente advertida se engañaba. Era hermano de Patizeites, á quien había confiado Cambises la vigilancia de su casa durante su ausencia. Ambos conocían la verdadera suerte de Bardiya, y ambos sabían también que la mayor parte de los persas la ignoraba. Gaumata se sublevó en Pasargades á primeros de Mayo de 522. Después de corta vacilación, Persia, Media y el centro del imperio se declararon en su favor y le dieron el trono. Aterrado al principio Cambises, iba á ponerse por fin al frente de las tropas adictas, cuando murió misteriosamente. Unos dicen que se suicidó en un momento de desesperación. Herodoto cuenta que al montar á caballo se clavó la punta del puñal en el muslo,

en el mismo sitio en que había herido al buey Apis. Preguntó entonces dónde estaba y le dijeron que en Ecbatana. Antes le había predicho un oráculo que moriría en un lugar llamado así. Expiró á los veinte días, sin posteridad, y sin haber nombrado sucesor.

Gaumata y Darío I; re-organización y división del imperio persa.

Se ha considerado la rebelión de Gaumata como una especie de movimiento nacional que restauró la antigua supremacía de los medos, y arrebató un momento á los persas el dominio de Asia. Gaumata no era medo: había nacido en Susia, en la población llamada Pisyauvada (Pasargades), cerca del monte Arakadris. Aclamado al principio por las provincias centrales y orientales, fué aceptada por el resto del imperio en cuanto murió Cambises. Se le tomaba generalmente por Bardiya y esto bastaba para asegurarle la fidelidad de los iraníes. Se apresuró á suprimir á cuantos podían estar enterados de la verdad y el temor cerró la boca á los supervivientes. Nadie pensó en disputarle el poder. Para atraerse á los pueblos vencidos, los dispensó por tres años del impuesto y del servicio militar. Durante seis meses reinó sin que se sospechara la impostura. Pero al fin la credulidad pública se alarmó. Las revelaciones hechas por el último rey, poco antes de morir, no habían merecido crédito y se habían atribuido á envidia ú odio. Pero se presentaron circunstancias que hicieron creer en la veracidad de Cambises. Como de costumbre, Gaumata había heredado con la corona el harem de su antecesor y se supo que las mujeres estaban secuestradas y no se comunicaban entre sí ni con el mundo exterior más que por medio de mensajeros secretos y exponiendo su vida. Esparcióse el rumor de que el supuesto Bardiya estaba desorejado, y de ello se coligió que no era el hijo de Ciro. Dariavus (Darío), hijo de Vistaspa (Histaspe) sátrapa de Shiccamia, que pertenecía á la casa real y que de derecho habría sido heredero de Cambises, se entendió con seis de los jefes más resueltos de las familias señoriales de Persia, sorprendió á Gaumata en su palacio de Sikhyanratis, y le mató en Marzo ó Abril de 521. Se contó más tarde que, perpetrado el crimen, acordaron los siete elegir por

soberano á aquel cuyo caballo relinchara primero al salir el sol y una astucia de su escudero proporcionó la corona á Darío. El derecho de la sangre le dispensaba de recurrir á este medio novelesco. Proclamado Darío inmediatamente, purificó los templos profanados por su antecesor é instituyó la fiesta de la magofonía en recuerdo del asesinato que le había dado el trono.

Dos revoluciones sucesivas en menos de un año habían conmovido el poderío persa. Era su imperio, como el egipcio ó asirio, un conjunto casual de provincias administradas por gobernadores semi-independientes, de reinos vasallos, de ciudades y tribus mal sometidas. Cualquier pretexto era bueno para súbditos hartos del yugo, y desde los primeros rumores estalló la revuelta en dos puntos á un tiempo: en Susiana, donde Atrina, hijo de uno de los últimos reyes nacionales (Um-



Darío seguido de dos cortesanos. Uno lleva el quitasol y el otro un mosquitero.

badaranma), se ciñó la corona; en Babilonia, donde Nadintaobel se presentó como segundo hijo de Nabónides y tomó al subir al trono el glorioso nombre de Nabucodonosor. Darío dejó á sus generales la tarea fácil de vencer á Atrina y se reservó el mando de las tropas destinadas á luchar en Caldea. Nabucodonosor III había empleado bien el poco tiempo que le había dejado su rival y cuando los persas desembarcaron en la llanura asiria, ya tenía fuertes posiciones á la derecha del Tigris, y una escuadrilla numerosa defendía el campamento. Darío no se atrevió á atacarla de frente; dividió su ejército en cuerpos pequeños montados en ca-

ballos ó camellos, y burlando la vigilancia de su enemigo con múltiples movimientos logró atravesar el río. Los caldeos trataron en balde de echarle al agua. Derrotados, se replegaron con orden y á los seis días dieron otra batalla en Zazamí, á orillas del Eufrates (Diciembre 521). Completa fué su derrota y Nabucodonosor, salvado con unos pocos jinetes, se refugió en Babilonia. Si Darío contaba con una rendición tan pronto como la que dió la ciudad á Ciro, sufrió un desengaño, pues se vió obligado á empezar un sitio largo, cuando estallaban nuevas rebeliones. Fué reprimida la tentativa del persa Martiya para rebelar á Susiana, pero Media se dejó arrastrar por un tal Fravartish que se llamaba descendiente de Ciaxares y se proclamó rey con el nombre de Khshatritha. No estaba tan lejano el tiempo en que Astiajes dominaba el Irán, para que los nobles medos hubieran renunciado á recobrar la hegemonía perdida con la victoria de Ciro. La ocasión era tanto más favorable cuanto que Darío había tenido que abandonar de pronto la provincia y desguarnecerla después de muerto Gaumata, para formar el ejército contra Babilonia. Algunas tribus nómadas permanecieron fieles; pero los medos sedentarios siguieron al pretendiente y la insurrección se extendió por Armenia y Asiria.

Perdido estaba Darío si el movimiento se hubiera propagado á las satrapías occidentales, pero éstas no se movieron. Oroetes, gobernador de Lidia, alardeaba de independiente y amenazaba hacerse peligroso: Bagaeos, enviado á Sardes, dió á los soldados persas la orden real de no obedecer á su jefe, y en seguida depusieron las armas. Al ver Bagaeos su sumisión, leyó otra orden por la cual se mandaba á los persas de Sardes matar á Oroetes, lo cual se hizo en el acto. Tranquilo por esta parte, Darío no se hallaba, sin embargo, fuera de apuros y su situación era crítica. No podía pensar en levantar el sitio de Babilonia, pues estaba perdido si Nabucodonosor reaparecía libremente en Asiria y en Elam. Se decidió á hacer varias campañas á un tiempo y mientras apretaba el bloqueo personalmente, armó otros dos ejércitos y los lanzó, uno á Armenia y otro á Media, mandados, respectivamente, por Dadarshish, y por Vidarna. Este encontró á Khshatritha en Marush, pero la batalla quedó indecisa y tuvo que acampar en

Cambadene para aguardar refuerzos. Dadarshish, por su parte, ganó tres victorias consecutivas en Armenia, pero sin hacer progresos importantes. En Armenia y en Media, Khshatritha conservó sus posiciones, y su resistencia encarnizada decidió á Hircania y Parthiana á unirse con él. Sagartia se armó también, excitada por Tchistrañtakhma, que se llamaba descendiente de Ciaxares, y Frada se sublevó en Margiana. La misma Persia empezó á dudar del resultado y eligió un rey á gusto suyo. Mucha gente no podía resignarse á creer que se hubiera extinguido con Cambises la descendencia directa de Ciro. La usurpación y la caída de Gaumata y el advenimiento de Darío no les habían quitado la fe en la existencia de Bardiya. Que Gaumata fuera un impostor no probaba que Bardiya hubiera muerto, y cuando un tal Vahyasdata se les presentó como el hijo más joven de Ciro, lo aclamaron con entusiasmo.

Un triunfo obtenido por Histaspe en Vispansatish (Partiena) el 22 de Viyakhna de 519, impidió á los hircanios unirse con los medos, y á los pocos días la rendición de Babilonia dejó á Darío disponer de todas sus fuerzas. La larga resistencia de la plaza dió abundante alimento á la imaginación popular. Medio siglo después se contaba, que llegado el rey ante Babilonia, la había encontrado resuelta á defenderse desesperadamente. Los habitantes habían cortado los canales, habían llenado almacenes y graneros, y se habían deshecho de todas las bocas inútiles, degollando á todas las mujeres, menos á las necesarias para fabricar el pan. A los veinte meses estaban los sitiadores persas como el primer día y se desalentaban, cuando Zopiro (uno de los seis compañeros de Darío) se sacrificó para asegurarles la victoria. Se cortó la nariz y las orejas, se desgarró el cuerpo á latigazos, luego se introdujo en la plaza como tráfuga y cuando hubo ganado la confianza de los sitiados, entregó las dos puertas cuya custodia se le había confiado. Tres mil babilonios fueron empalados, se arrasaron los muros y la ciudad se llenó de colonos extranjeros. Lo único cierto de esta historia es lo largo del sitio. Nabucodonosor fué ejecutado y Darío, que podía disponer lo que quisiera, envió á Artarariya, teniente suyo, contra el falso Smerdis, mientras iba él personalmente contra Khshatritha. Penetró en Me-

dia por el desfiladero de Kerend y se juntó con Vidama en Cambadena. La llegada de los veteranos de Ciro y de Cambises varió súbitamente el aspecto de las cosas. Los medos cedieron y Khshatrita fué vencido cerca de Kundurnu, el 20 de Adukanis de 519. Huyó hacia el Norte, indudablemente para reanudar la lucha en la montaña, pero fué capturado y llevado á Ecbatana. Su castigo fué atroz; le cortaron la nariz, las orejas y la lengua, le sacaron los ojos, le encadenaron á la puerta de palacio, y cuando el pueblo se hartó del espectáculo, se le empaló. Sus principales partidarios fueron empalados ó decapitados. No fué el éxito de Darío menos próspero ni rápido en Persia. Al principio, cometió Vahyasdata el error de dividir sus tropas. Artavardiya, vencedor en todas partes, le encerró en el castillo de Uvadeshaya y luego se apoderó de él, mientras el sátrapa de Aracoria rechazaba la invasión victoriosamente (519-518). Pero parecía como si una guerra engendrara otra. El buen éxito efímero del segundo falso Smerdis provocó la aparición de otro Nabucodonosor falso. Apenas había dejado Darío á Babilonia, se presentó el armenio Arakha como hijo de Nabónides. Vindafrana (Intafernes) lo venció y lo mandó ajusticiar (510). Media, Persia y Babilonia estaban reconquistadas, y quedaba facilitada la sumisión de las demás provincias. Ya había expiado en una cruz Tehitrañtakhma su rebelión. Vistazpa, padre de Darío, venció pronto á Hircania (Julio 519) y Dadarshisk, sátrapa de Bactriana, triunfó fácilmente de la resistencia de Frada. La guerra había terminado (518).

El vencedor aprovechó las lecciones de aquellos dos años duros. El imperio de Ciro, además de los países gobernados por oficiales persas, poseía reinos y ciudades, vasallos, pueblos tributarios, que dependían directamente del soberano, y que no recibían órdenes más que de los sátrapas, en cuya provincia estaba su dominio. Era el sistema aplicado por Tiglatfalsar III y por sus sucesores asirios. Darío no trató de suprimir las dinastías locales; al revés, animó á los pueblos para que conservaran su lengua, sus costumbres, su religión, sus instituciones particulares. Los judíos pudieron acabar entonces la construcción de su templo. Los griegos de Asia conservaron sus varias instituciones; Fenicia, sus reyes y *sufetas*;

Egipto, sus nomarcas hereditarios. Pero sobre estos poderes locales había una autoridad única, superior á todos, é igual en todas partes. El territorio se dividió en grandes gobiernos, cuyo número varió según las épocas. Al principio, había los 23 siguientes:

1. Persia, propiamente dicha.
2. Oujá ó Elam, donde estaba Susa, una de las residencias predilectas de Darío.
3. Babirus ó Caldea.
4. Athura ó Asiria, desde el Khabar hasta el monte Zagros.
5. Arufaya, la Mesopotamia, entre el Khabur y el Eufrates, Siria, Fenicia y Palestina.
6. Egipto (Mudraya).
7. Los pueblos del mar, y entre ellos los cilicios y chipriotas.
8. El Yauna, que comprendía, además de Licia, Caria y Panfilia, las colonias griegas de la costa, jonios, eolios y dorios.
9. Lidia y Misia (Zpardá).
10. Media.
11. Armenia.
12. Katpatuka, es decir, toda la región central del Asia Menor, del Tauros al Ponto Euxino.
13. Partyna é Hircania (Partava).
14. Zaranka (Zarangia).
15. Aria (Araiva).
16. Korasmia (Uvarazmiya).
17. Bactriana (Bakhris).
18. Sogdiana (Zughda).
19. Gandaria (Gandara).

20. Los Zaca ó Sacios en las llanuras de Tartaria, casi en los confines de China.

21. Los tatagus ó sattagidas, en la cuenca superior del Helمند.

22. Aracosia (Harauvatis).

23. Los maka, que habitaban en los países del estrecho de Ormuz.

Tal número se acrecentó por la conquista, y al final de su reinado había en el imperio de Darío treinta y una satrapías.

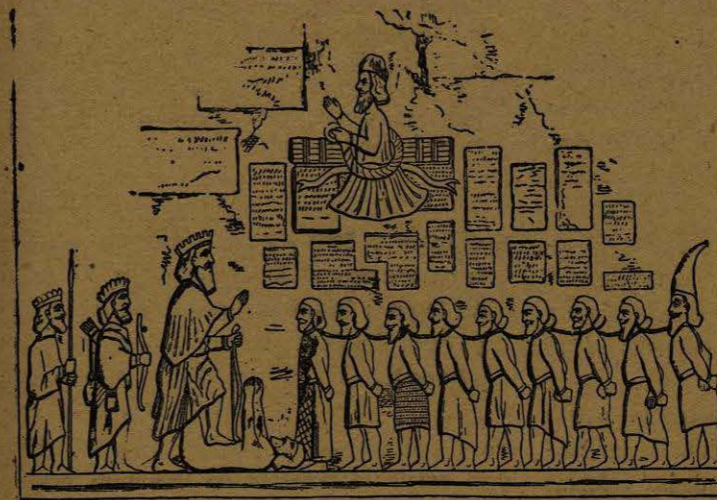
Si cada una hubiera estado regida por un solo hombre investido de poderes equivalentes á los reales, y á quienes no hubiera faltado más que el título de rey hereditario, el imperio habría corrido el peligro de convertirse pronto en un hacinamiento confuso de principados en guerra incesante con Persia. Darío procuró no poner la autoridad civil en las mismas manos que la militar. Estableció en cada

gobierno tres funcionarios independientes entre sí, el sátrapa, el secretario real y el general que dependían de la corte. Los sátrapas, podían ser de cualquier clase, ricos, pobres, persas ó de raza extranjera, pero no solían confiarse las satrapías importantes más que á los descendientes de las seis familias que habían contribuido á destronar á Gaumata, ó á personas emparentadas con la familia real. Su mando duraba lo que quería el soberano. Ejercían toda la autoridad civil, tenían palacios, parques, corte, guardias de su persona y un harem bien provisto; repartían el impuesto y administraban justicia sin restricciones. El secretario regio, encargado ostensiblemente de la cancillería, era en realidad, un vi-

daba á sus consejos una autoridad de que sin esto tal vez habrían carecido. Un informe desfavorable, una desobediencia mínima, á veces la simple sospecha de ello, bastaban para perder á un sátrapa. Ya se le quitaba el mando, ya se le condenaba á muerte sin formación de causa, y se encargaba la ejecución á sus mismos servidores, que cumplían la orden al ver la firma real.

No agradó á los persas esta reforma administrativa y se vengaron con burla de la obediencia que Darío quería imponerles. Decían que Ciro había sido un padre, Cambises un amo, y Darío un tabernero ávido de ganancias. La división del imperio tenía un fin tan comercial como político: el reparto, cobro é

ingreso de la contribución era el primer deber de los sátrapas. La Persia, propiamente dicha, quedó exenta de un gravamen regular; sus habitantes no tenían más obligación que hacer un regalo al rey cuantas veces atravesara el país. El regalo era proporcionado á la riqueza del individuo: un buey, un carnero, leche, queso, dátiles, harina ó legumbres. Las demás provincias pagaban proporcionalmente á su riqueza y extensión tributos en dinero



Darío, y á sus pies los rebeldes prisioneros. (Monumento de Darío en Bagistana.)

ó en especie. Para hacer más fáciles los pagos, puso Darío en circulación una moneda de oro y plata llamada dárica, que llevaba en el anverso una figura de rey armado de arco y jabalina. Son estas monedas recias, irregulares, mal acuñadas, pero de bastante ley. Solían servir para pagar el sueldo á los soldados y corrían, especialmente, por las comarcas ribereñas del Mediterráneo. En el interior de Asia, se siguieron calculando por el peso los metales necesarios á las transacciones de la vida común y del comercio, y hasta los reyes preferían conservarlos en bruto. El otro impuesto era también considerable. Egipto daba el trigo necesario para los 120.000 hombres que le ocupaban militarmente; los medos daban al año 100.000 carneros, 4.000 mulos, 3.000 caballos, etc. Los sátrapas no cobraban sueldo del Estado, vivían sobre el país, con su séquito, y sacaban gran remuneración de los indígenas. El gob er-

gilante de todos sus actos, para dar cuenta de ellos al soberano. Los soldados persas, las tropas indígenas y los mercenarios de la provincia estaban á las órdenes de un general, enemigo á veces del sátrapa y del secretario. Estos tres rivales se equilibraban, de modo que las revoluciones eran, si no imposibles, muy difíciles. Estaban en relación constante las satrapías con la corte, por medio de correos regulares que en pocas semanas llevaban un despacho de un extremo á otro del imperio. Para colmo de precaución, el rey enviaba cada año á las provincias unos oficiales á quienes llamaba sus *ojos* y sus *oidos*, porque estaban encargados de averiguar y decirle cuanto ocurriera en los rincones más apartados. Aparecían cuando menos se los esperaba, examinaban el estado de las cosas, reformaban pormenores de la administración, reprendían y suspendían á veces al sátrapa é iban acompañados de tropa que

no de Babilonia por sí solo proporcionaba al sátrapa una cantidad equivalente á 2.600.000 pesetas al año. Egipto, India, Media y Siria no daban mucho menos.

A pesar de sus defectos, este sistema era preferible al empleado antes en Oriente. Aseguraba al soberano un presupuesto regular, le daba mayor mando en las provincias, y dificultaba las rebeliones nacionales. Darío, no solo urbanizó el imperio persa, sino que inventó una forma de gobierno imitada después por todos los grandes Estados orientales. Además de administrar el reino, ensanchó sus límites. No podía hacerlo más que al Este, hacia la India, y al Oeste hacia Grecia. Los pesados ejércitos de entonces no podían franquear al Norte el Mar Negro, el Cáucaso, el Mar Caspio, las estepas de Siberia, ni al Sur el Mar Eritreo, la meseta arenosa de Arabia, ni el desierto de Africa. Darío invadió en 512 el Heptahendu (Pendjab) y conquistó grandes territorios, con los cuales formó la satrapía de la India, y luego exploró las regiones del Sur. Una escuadra mandada por Skilax de Karianda, almirante griego, bajó hasta la boca del Indo y sometió á las tribus de ambas orillas. Llegada al mar se dirigió al Poniente y reconoció las costas de Gedrosia y Arabia.

No sabemos por qué no siguieron los persas en la India, y volvieron á Occidente. La conquista de Lidia y la sumisión de las colonias griegas de la costa les aseguraban el auxilio de las poblaciones activas y ricas, cuya aptitud para artes pacíficas y guerreras las hacían inestimables para el príncipe á quien ayudaran. Los griegos, curiosos y ávidos de ganancias, se habían extendido por todas partes. Por otra parte, su temperamento fogoso, su orgullo, su animadversión á una dependencia regular, su tendencia á las luchas civiles, los hacían súbditos difíciles de manejar y de una fidelidad dudosa. Negociaban abiertamente con sus hermanos de Europa y armaban maquinaciones é intrigas. Cuando Darío deseaba fortalecer el poder central, no podía tolerar que los griegos de Europa se inmiscuyeran en los asuntos de sus súbditos asiáticos, so pretexto de que también eran griegos. No podía acabar con esto más que por medio de la conquista. De modo que no fué puro capricho de déspota lo que originó las guerras médicas, sino la necesidad im-

periosa de seguridad que obliga á los imperios organizados fuertemente á subyugar las ciudades y tribus que se agitan en sus fronteras. Darío que, desde Trebisonda hasta Barca poseía en sus Estados como un tercio del mundo griego, no vió otra manera de asegurar su dominio que conquistar la metrópoli como había conquistado las colonias, y anexionar la Grecia europea á la asiática.

CAPITULO XIV

La lucha con Grecia y la caída del imperio persa.

Expedición á Escitia y primera guerra médica; Jerjes I; Salamina y Platea, Artajerjes I y Darío II.—Artajerjes II y las últimas dinastías faraónicas.—Artajerjes III, Ocos y la segunda conquista de Egipto.—Ultimos Arqueménidas y caída del imperio persa.

Expedición á Escitia y primera guerra médica; Jerjes I; Salamina y Platea, Artajerjes I y Darío II.

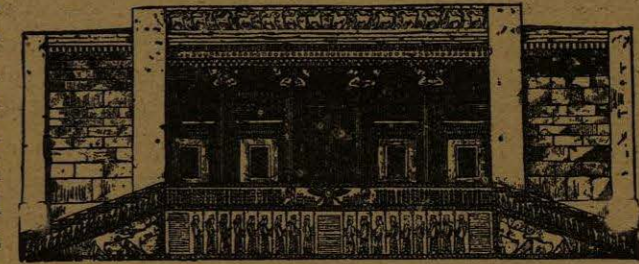
dos caminos podía elegir: uno por mar, desde la costa jónica hasta la del Atica, por entre las Cícladas; otro terrestre, á través de Tracia y Macedonia. El primero era más corto, pero exigía la posesión de bastantes buques para transportar de una vez fuerzas inmensas. Además sólo era seguro en el caso que la armada persa no encontrase ninguna escuadra enemiga que le disputara el paso, hallando además al desembarcar, aliados dispuestos á recibirla y abrirla las puertas de sus ciudades. Era el Atica como la cabeza del puente en que esta vía tenía necesariamente que hallar fin, pero estaba en poder de los Pisistrátidas que no tenían gana ninguna de ver á los persas en el centro de la Hélada. Mientras estos fueran hostiles no había más camino practicable que seguir el más largo.

Este fué el escogido por Darío al principio, aunque le imponía la necesidad de combatir á enemigos nuevos, los tracios y escitas, antes de permitirle llegar á Grecia. Aunque había transcurrido más de un siglo desde la muerte de Madyes, recordaba toda Asia á los escitas y sus hazañas. Las relaciones de viajeros recientes decían que después de ha-

ber sido los hombres más valientes, estaban próximos á ser los más ricos, y explotaban en sus montañas inagotables minas de oro. Además, Darío encontraba á sus tribus en toda su frontera septentrional, en el Cáucaso, y en el Laxartes, y, antes de emprenderla contra los griegos, aconsejábale la prudencia no dejar intacto á un enemigo tan formidable. La primera expedición, mandada por Ariaramnes, sátrapa de Capadocia, atravesó el Ponto Euxino, desembarcó en la costa opuesta algunos millares de soldados y trajo prisioneros que dieron á los generales persas los informes necesarios. Darío, después de enterarse de ellos, atravesó el Bósforo con 800.000 hombres, sometió la costa oriental de Tracia y pasó el Danubio por un puente de barcas que construyeron los griegos de Jonia. Los escitas no aceptaron la batalla que les ofrecía. Destruyeron sus forrajes, cegaron los pozos, se llevaron los ganados y se retiraron tierra adentro, dejando á los enemigos que lucharan con el hambre y las dificultades del terreno. La intendencia persa había previsto su táctica y había juntado las provisiones necesarias. Durante dos meses, Darío recorrió las estepas desde el Ister hasta el Tanais. Penetró en el centro de Rusia, quemó los pueblos, saqueó lo que encontró y volvió luego á su punto de partida sin más pérdida que la de algunos pocos enfermos. Durante su ausencia, los bárbaros habían impulsado á los griegos á destruir el puente de barcas y á volverse á sus pueblos respectivos. Milciades de Atenas, tirano del Quersoneso, quería que se les hiciera caso. Histieos de Mileto se opuso, y prevaleció su opinión. Darío volvió sano y salvo á Asia después de haber confiado á Megabices un ejército de 80.000 hombres que derrotó á las tribus indígenas y á las ciudades griegas de Tracia, y que obligó á los macedonios á pagar tributo. La expedición, en vez de someter á los escitas, provocó las represalias de éstos, que penetraron en el Quersoneso y lo saquearon, pero de todos modos produjo resultados serios. Por lo pronto, dió á Persia una provincia más, la Tracia, y la sumisión de Macedonia, la puso en contacto directo con el Norte de Grecia. El camino terrestre quedaba en manos del gran rey, pero las revoluciones de Atenas le

impidieron utilizarlo cuando hubiera querido. La caída de Hippias, en 510, pareció darle ocasión de inmiscuirse en los negocios de la ciudad, pero los embajadores atenienses que habían firmado un tratado con su sátrapa de Sardes fueron recusados por sus compatriotas, y entonces abrazó la causa de los Pisistrátidas. Los partidarios de éstos eran numerosos, y prometían ayudarle en sus proyectos, si le daba el poder á Hippias, con lo cual quedaba Atenas en manos de los persas, y Grecia accesible en cualquier tiempo por el camino más corto.

Darío acogió, por lo tanto, las proposiciones de los Pisistrátidas y había empezado por mandar ocupar por la marina milesia las principales Cícladas, cuando toda la Jonia se



Fachada del palacio de Darío en Persépolis.

rebeló el año 499. Atenas acudió á socorrer á sus hermanos de Asia. En 498, un cuerpo de atenienses y eritreos, desembarcado en Mileto sorprendió la ciudad baja de Sardes, y la quemó. Esto no podía tener consecuencias, pero el efecto producido por tal reto dirigido á la majestad del imperio persa fué tan grande, que todos los griegos de Asia, licios, carios y hasta los chipriotas, se reunieron con los insurrectos. Artafernes tardó en pacificar el país seis años, y entonces pudo moverse Darío.

Si antes del incendio de Sardes había estado inclinado Darío á atacar á Grecia de Europa, se comprenderá que la insurrección jónica le confirmase más aún en sus proyectos. Al principio, la influencia de su sobrino Mardonio le hacia preferir la vía marítima, pero cuando su escuadra fué destruída por las tormentas en el monte Athos, volvió á su primera idea de ir directamente al Atica. Empleó todo el año 492 en reunir sus tropas en Cilicia, y luego, en 490 las lanzó á través del Egeo, guiadas por Hippias y al mando de Datis y Artafernes. Bien sabido es que aquella tentativa fracasó en la llanura